

Biblioteca-Films

NÚM.
302

DE CARA A LA MUERTE

25
CTS



Buffalo
Bill (hijo)

Olive:
Hasbrouck

BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707
Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16
B A R C E L O N A

APARECE LOS MARTES

AÑO VI

REVISADA POR LA P.D.E.V.I.A.C. C.N.N.E.S.A.

Núm. 302

PALS IN PERIL 1927

DE CARA A LA MUERTE

Adaptación en forma de novela, de la
película del mismo título interpretada
por el famoso caballista de la pantalla

BUFALO BILL (Hijo)

PROGRAMA

Especial **VERDAGUER**

REPARTO

Bufalo Bill..... BUFALO BILL (Hijo)
María..... OLIVE HASBROUCK

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

sólo las encontrará en

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford
Pola Negri
Gloria Swanson
Bebé Daniels
Raquel Meller
Alice Terry
Jacobini
Colleen Moore
Laura La Plante
Dolores del Rio
Vilma Banki
Dolores Costello

D. Fairbanks
Ramón Novarro
Charlot
Adolfo Menjou
Lon Chaney
Gary Cooper
Ant.º Moreno
Chiquitín
George O'Brien
Emil Jannings
Ronald Colman
John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas figura en el CATÁLOGO GENERAL que se remite gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

A través de los campos desiertos avanzan dos compañeros de penas y alegrías, Claudio Gilmore y Pablo Gordon. Distínguese el primero por su apetito voraz y son las características del segundo su gran fuerza y destreza que le valen la admiración de las gentes, que se pasman de su gran musculatura. Es que desde pequeño ha sido criado entre gente que trabajaban en el circo luciendo sus acrobacias. Pero ocurre que cuando se tiene hambre el ejercicio de la fuerza es lo más indicado... para desmayarse! Así lo expresa Claudio que sin necesidad de moverse, solamente al levantarse de la cama, ya abre antes la boca que los ojos...

—Pero, hombre—le dice Claudio a su amigo—. No te parece que en lugar de estas flexiones y saltos lo mejor sería una media docena de sabrosas costillas bien asaditas?

—Tal vez tengas razón si a ésto añadieras un buen litro de leche fresca de aquella recién ordeñada... — le replica Pablo—, pero ante todo es menester tener resignación.

—Hablas como un libro; pero he de hacerte presente que los libros no tienen estómago y yo sí... y que reclama como si fuera un órgano con sus mugidos.

—Pues dáme un concierto con los resoplidos de tus tripas que en cuanto a comer me parece que se nos va a olvidar la costumbre de mascar.

—Ante todo preocúpate de ver si descubres una chimenea que es señal de que hay fuego y hogar, y donde hay fuego puede que se encuentren tajadas!...

Después de haber realizado en plena campiña toda clase de ejercicios con el consiguiente y desastroso resultado de aumentar el apetito, los dos amigos quedaron tumbarados sobre la maleza que en aquel lugar les ofrecía como una alfombra que les invitaba al dulce sueño.

—Ves—dijo Pablo—, en esto ya estoy más conforme... El sueño sí que acalla el hambre,

pues hasta el estómago descansa y olvida su ligereza.

Los dos amigos estaban medio adormilados, cuando las pisadas de un caballo les quitaron de su amodorramiento. ¿Quién era que así turbaba su sueño? Uno de los personajes que más deben influir en nuestra narración, Samuel Burne, encargado del rancho L. F. del que no se tienen muchos informes, pero lo poco que de él se sabe no es muy recomendable por cierto. A poca distancia le seguía el dueño de la hacienda dicha, Luis Forde, que en unión de su encargado daba un paseo por aquellos alrededores. Los dos hombres detuvieron sus caballos y se prepararon a interrogar a aquellos dos vagabundos cuya presencia en la proximidad de sus posesiones no les inspiraban gran confianza...

—¡Eh, buenas piezas! ¿Qué os figurásteis de estos terrenos? ¿Los habéis confundido con el Hotel Astor?

—Dejadnos en paz, que estamos haciendo la digestión—dijo Pablo con sorna...

—Pues largo de ahí—dijo Luis Forde, como amo de aquellos terrenos.

Y uniendo la acción a la palabra, dió con la punta del pie a Pablo.

Este que no se sentía merecedor de tal tratamiento se levantó indignado y le dijo:

—Señor propietario, no soy un vagabundo y sí un vaquero sin trabajo que voy hacia otras tierras para encontrarlo... De modo que trate a las personas como a tales...

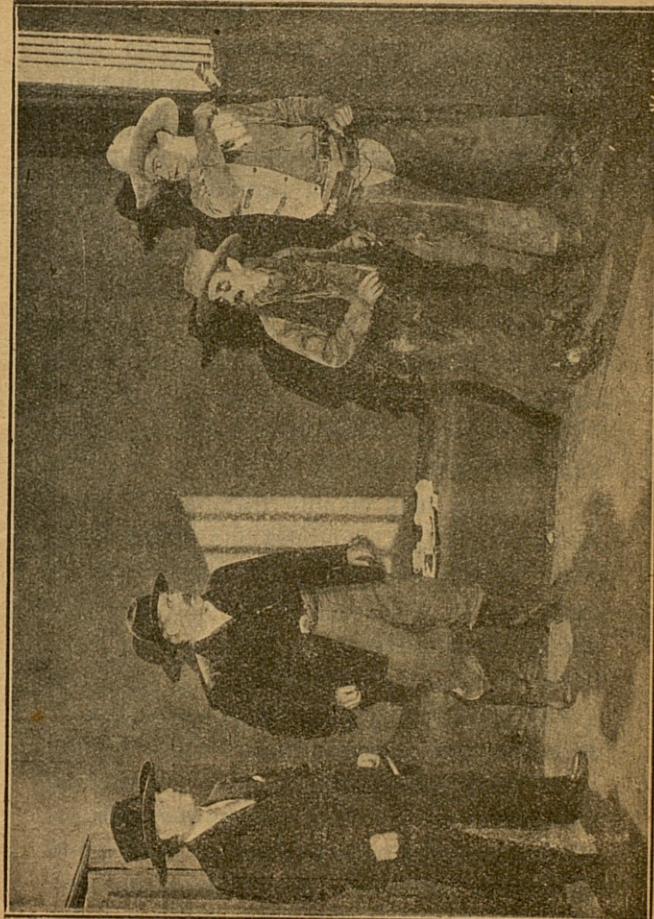
—Oh, Excelencia — dijo entonces Luis Forde, ¿no me manda usted nada más?...

—Burlas, no—dijo Pablo encolerizado—. Somos honrados trabajadores y no podemos permitir que se nos trate a patadas.

—Pues por si fuera poco aquí tengo todo un tratado de educación—dijo Forde, alardeando de valiente y sacando una pistola para intimidarlos, contando, naturalmente, con la colaboración de su encargado que pasaba por ser un hombre de muchas agallas... donde no hubiera otro como Pablo.

Este al ver el arma dió uno de sus saltos prodigiosos y lo sujetó por el brazo obligándole también a que cayera más que bajara del caballo.

Cuando lo tuvo a su alcance lo agarró fuertemente por el cuello y le dijo, con salvaje entonación de voz:



—Sepa usted que de mí nadie se ríe...—y le sacudió tan fuertemente que parecía débil arbolito azotado por la furia de un huracán.

En aquel momento quiso intervenir el encargado; pero Claudio se interpuso y con una media voltereta dada a tiempo y una zancadilla lo echó de brúces contra la maleza dejándole cara y cabellos llenos de hierbajos.

Entablóse, naturalmente, una lucha entre los cuatro con una lluvia de tortas que sólo sabiendo lo hambrientos que estaban podía suponerse su afición a darlas y recibirlas. Pero la ligereza y movilidad de nuestros dos amigos hicieron que la victoria se inclinara de su parte, mas cuando trataban de apretarles las clavijas, dándoles una paliza ejemplar, llegó a todo galope el sheriff que, al darse cuenta de la pelea, al verificar la ronda, allí se encaminaba para darle rápido final, haciendo valer su autoridad.

—Alto la tunda, jóvenes... Déjense ya de sacudirse, que ya pasamos de los tres rounds —les gritó con energía.

Depusieron su actitud los improvisados luchadores y al separarse unos de otros pudo verse lo descalabrados que estaban Luis For-

de y su encargado Samuel Burns. Al ver las señales inequívocas de los golpes encajados por sus rivales, les gritó Pablo:

—Estos chichones se curan con dos cosas: paciencia y árnica.

Pero entre dientes le dijo Forde a su encargado:

—Me parece que voy a tardar unos días en curarme... ni que me ponga pólvora o aguarrás.

Cuando los dos hombres se hubieron alejado, dijo el sheriff, en tono paternal, a Pablo y a su compañero:

—Han hecho ustedes mal en indisponerse con Luis Forde. Es nada menos que el hombre más rico y poderoso del pueblo.

Pero Pablo, que tenía un elevado concepto de la dignidad humana y de su propia estimación, le respondió:

—No ha nacido aún el hombre tan rico y poderoso que pueda humillar y burlarse de un honrado vaquero como yo...

—Es cierto—dijo el sheriff—; pero como le han herido ustedes no tengo otro remedio aun cuando sean contusiones sin importancia, que detenerles y llevarles a la cárcel del pueblo.

—Bueno, pues, vamos a la cárcel—dijeron los dos amigos... pensando en dos cosas: Que no podían oponerse a que el sheriff cumpliera con su deber y que tal vez en la cárcel les servirían algo de comer.

Así fué, en efecto. El sheriff, que sabía de la vida tanto como proporciona la experiencia de su cargo en veinte años, les facilitó un buen guiso de patatas que les sabían a gloria en salsa. Claudio se despachó a su gusto y llenó la barriga. Cuando apareció el sheriff y vió la enorme cazuela vacía se quedó perplejo.

—No le extrañe, comemos poco por que estamos emocionados—dijo Claudio—. Además, mi compañero es muy poquita cosa...

—Pues nadie lo diría—exclamó el sheriff—viéndole repartir mamporros...

—¡Ah—dijo Claudio—. Es que esto es lo que le alimenta... Se crece y se harta de pelea y queda igual que si hubiera comido un pollo asado...

—Pues aquí le tendremos de huésped como siga dándole gusto a los puños. Este es un pueblo sencillo y pacífico donde no se pegan 'ni las judías en el fondo de la cazuela...

—Judías, judías...—dijo Claudio—. ¡Qué bien estarian ahora muy frititas y con unos pedazos de tocino o de jamón!

Mientras saciaban el hambre, entre patatas y el buen humor, y casi habiendo dado fin de las dos cosas, a pesar de que el sheriff les había servido otra ración del substancioso tubérculo, llegó a la cárcel Luis Forde.

—He de hablar con estos hombres a solas.

—¿Y si le atacan?—objetó el sheriff.

—Déjalo por mi cuenta. Ya les haré entrar en razón sin golpes...

—Pues me retiro y que así sea—dijo el representante de la autoridad mirando burlonamente los chichones de un color morado turquesa, que eran una maravilla en la cara de Forde.

Este se acercó a los dos compañeros con una sonrisa tranquilizadora y angelical por demás y diciendo anticipadamente:

—Vengo en son de paz, señores. No sería propio que yo quisiera valerme de su situación para vengarme. Al contrario vengo a ofrecerles una solución al problema de su vida: trabajar por mi cuenta y abandonar la cárcel... o seguir en ella si se niegan a secundarme.

—No creo que por una simple pelea nos quedemos en la cárcel indefinidamente—dijoj Claudio.

—A mi compañero, óigale como si lloviera —dijo Pablo, atalándole, y agregó:

—Ha de saber usted que no tiene voz ni voto.

—Entonces—dijo Forde, encarándose con Pablo,— ¿es usted con quién he de cerrar el trato?

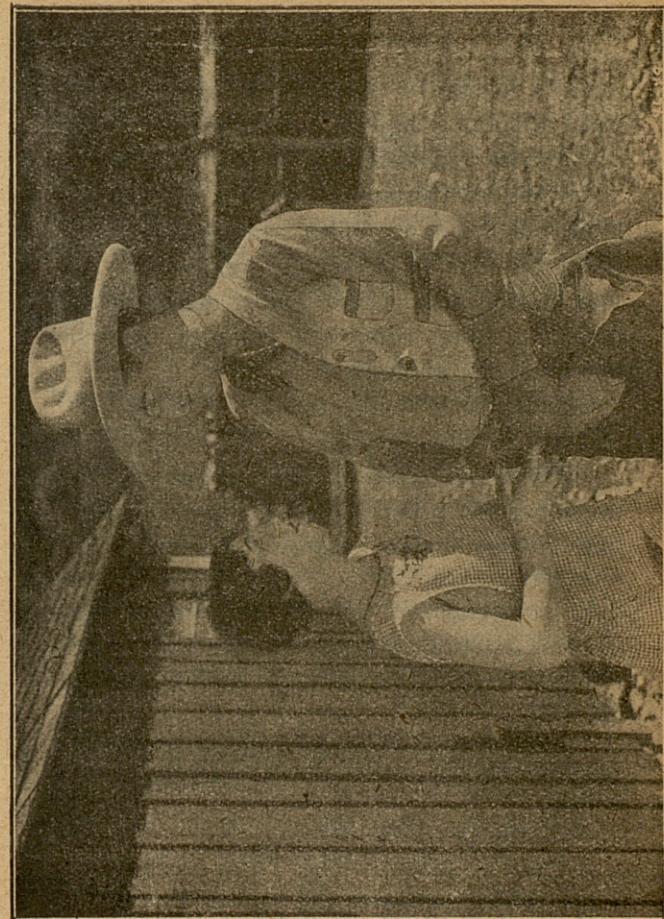
—Sí, señor. Ya puede usted referirme en caso de que acepte su proposición, ¿qué clase de trabajo he de llevar a cabo?—dijo Pablo.

—Tengo un crédito atrasado en el rancho Bassett y necesito dos hombres como ustedes para que se cuiden de cobrarlo.

—No me parece mal la proposición—dijo Pablo—; pero antes deje usted que lo conte mos con el sheriff y si está de acuerdo, pues al galope tendido vamos por los dolares y se los traemos calentitos y sin faltar uno. e

Esta proposición hizo sonreír de satisfacción a Claudio que de nuevo quiso intervenir diciendo:

—Supongo que los gastos de comidas y viaje serán satisfechos largamente.



—Ya lo creo — dijo Forde sabiéndole la flaca al socio, y agregó pomposamente:

—Yo les facilitaré dos buenos caballos y en el tercero cargaremos un par de lechoncitos rellenos, dos pollos asados con mantecitas doradas en la barriga, tres botellas de una bebida ideal, medio jamón, dos latas de peras en dulce, compotas, plátanos, dulces, pastas secas, almibares.

Claudio no le dejó terminar de pintar tan suculento menú... y dijo:

—Por Dios, Pablo, acepta, que ya me veo en el paraíso primero y en la farmacia después, pidiendo una purga... ¡La primera de mi vida!..

En esto, el sheriff llamado por Forde, compareció, y puesto al corriente por el rico propietario de la forma cómo se realizó el trato, dijo:

—Si es para cumplir las órdenes de Forde pueden ustedes salir de la cárcel ahora mismo.

—Conformes—dijo Pablo.

—Pues el sábado—dijo Forde—espéreme usted en las cercanías del rancho Bassett y no olviden ustedes que son empleados del rancho F. L.

—Allí estaremos—dijo Pablo—, pero no olvide que nosotros estamos a sus órdenes, pero nuestros revólveres no.

Y cogiendo los que les alargaba el sheriff y que les había quitado al momento de detenerlos, salió Pablo con su amigo de la cárcel. Ni que decir tiene que Claudio le recordó a Forde que no descuidara la comida ofrecida.

Llegó el sábado y a su amanecer, ya había devorado Claudio casi la mitad de la comida, que, según lo ofrecido, les había entregado Forde para que pudieran vivaquear hasta el momento del regreso una vez efectuado el cobro. Paseando en una especie de reconocimiento de los alrededores, Pablo y Claudio se detuvieron ante un cartel que en gruesas y toscas letras ostentaba esta inscripción:

*Aviso a los hombres del rancho F. L.
Este árbol señala mi límite Norte. Si lo cruza
alguno de los hombres de Forde, que se atenga a sus consecuencias.*

Arturo Bassett

—¡Carambola! —dijo Pablo. —Vaya un saludo!...

—No te preocunes; es para que vayamos haciendo la digestión... —le replicó Claudio con acento filosófico...

—Ya me figuraba yo que el día que pudiéramos comer había de ser a costa de nuestro pellejo... y con ganas por parte de alguien de que no nos haga buen provecho...

—Entonces tú qué opinas? —dijo Claudio interrogando.

—Pues que la persona que nos ha mandado aquí ya sabe de sobras que nos van a recibir poco menos que a tiros —repitió con entera convicción nuestro animoso héroe Pablo Gordon...

—Y qué vamos a hacer, renunciar y volvernos con el rabo entre piernas?...

—No es esto propio de hombres, lo que haremos será... en fin, déjame a mí que hablando la gente se entiende y para los tiros siempre hay tiempo —dijo Pablo, como si hubiera tomado de pronto su partido.

Seguido de su amigo Pablo, echó a andar hacia la casa. Desde lejos divisó la hacienda, que, por su aspecto, no estaba en un

estado de gran prosperidad. Junto a la puerta se hallaban Arturo Bassett y su esposa. El tenía el aspecto resignado de un hombre al que la suerte no sonríe. Ella de aspecto algo hombruno, también parecía dominada por la adversidad. En realidad, ambos eran solamente dos víctimas de Forde, a cuyos emisarios esperaban siempre arma al brazo. No era, sin embargo, todo hosco en la hacienda. Sobre el ceño adusto y el ademán resuelto de los padres, una jovencita, hija de ambos, ponía una nota de dulzura. Llamábase Mary, y la inquietaba la rivalidad entre los autores de sus días y Forde, que les tenía acogotados con sus préstamos usurarios.

Estas son las personas que se hallaban en la hacienda a la que se dirigían cautelosamente Pablo y Claudio. Cuando estuvieron cerca de la puerta principal. Pablo le dijo a Claudio:

—Vamos a echar suertes para saber a quién le toca abrir la puerta...

—Cara o cruz... veamos.

Voló la moneda por el aire. Se prepararon los dos amigos a sufrir el dictado de la fortuna y le correspondió a Pablo entrar el primero.

Rápidamente, puso su mano en el abridor de la puerta, y como si fuera el contacto del gatillo, sonó un disparo, y el sombrero le cayó al suelo atravesado por una bala.

—¡Magnífico! —exclamó sin perder su serenidad—. ¡Estupenda manera de saludar!...

—Pues no dices que hablando la gente se entiende —le dijo con sorna Claudio, y agregó acentuando la bromita:

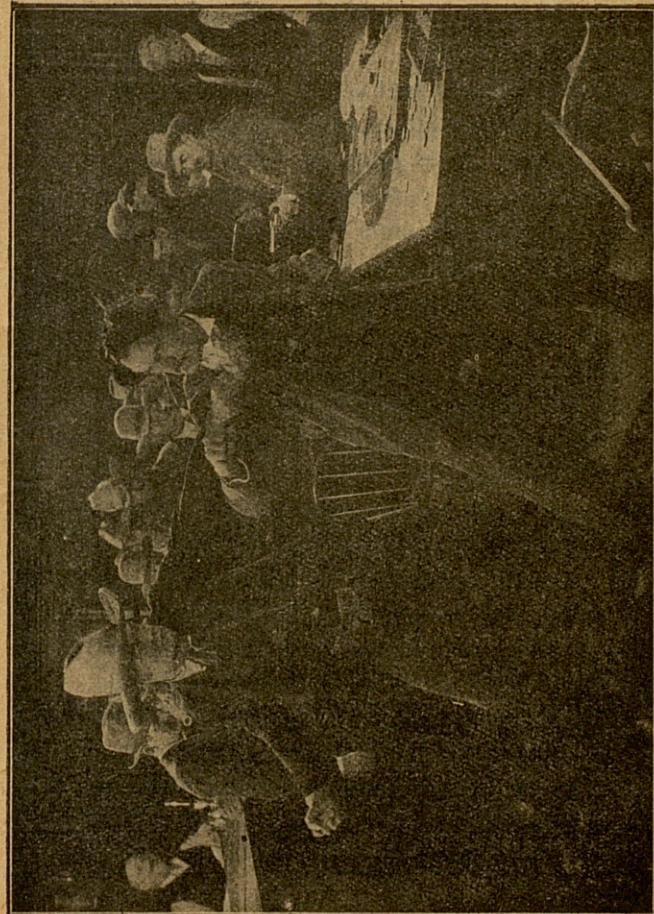
—Pues anda, háblales con los codos... háblales...

Continuaron los dos amigos avanzando y cuando se hallaron rodeados de toda la familia Bassett que les amenazaba con su rifles ya muy cerca de la entrada a las habitaciones particulares, Andrés Bassett les preguntó:

—Ustedes trabajan por cuenta de Forde, no es cierto... ¿y a qué vienen?...

—No es culpa nuestra si es así —dijo Pablo—. Figúrense ustedes —continuó— que estábamos encerrados en la cárcel y nos ofrecieron la libertad si veníamos a cobrarles a ustedes esta cuenta pendiente...

—Si quieren ustedes que les hagamos caso, deberán explicarse con toda sinceridad, pues



Pablo le fué al encuentro.

estamos muy escamados de la gente que nos manda Forde...

En este momento, y al oír estas palabras de su madre, intervino Mary, diciendo:

—Déjémosles que nos refieran todo cuanto sepan... no parecen mala gente, y además, el pequeño de ellos dos está más asustado que una liebre...

Era la hora de comer y Bassett, dando muestras de la generosidad de su carácter, les dijo, ofreciéndoles dos sillas.

—Vamos a comer, y luego hablaremos, no quiero negar el pan y el agua ni a los que pudieran ser mis enemigos...

—Un momento—dijo Pablo—. ¿Podemos dar un pienso a nuestros caballos?...

—Naturalmente—dijo Bassett.

Los dos amigos salieron en busca de sus cabalgaduras que habían dejado a la entrada de la finca cuando el disparo le saludó, y les sirvieron un pienso estupendo facilitado por Mary. En tanto, el padre, viendo la solicitud de los dos compañeros por alimentar a sus monturas, dijo a su esposa:

—Cuando un hombre cuida de alimentar su caballo antes de alimentarse él, no hay

que vigilarlo... es que se trata de una buena persona...

A lo que ella replicó:

—Parecen buenos muchachos impulsados solamente por la necesidad... ¡Tal vez puedan ayudarnos!...

—Hemos perdido nuestro ganado entre robos e hipotecas y nuestra situación ya no se salva con ayuda ajena... Pero si al menos nuestro hijo Pedro se hallara entre nosotros.

—Tienes razón—dijo ella, pero no puedo acostumbrarme a la idea de que esté preso. Cada vez que lo recuerdo la tristeza me mata...

—No estamos vencidos todavía... Yo puedo ganarme la vida cuidando los ganados de otro—dijo Bassett.

—Y yo puedo ser aún una excelente cocinera—dijo ella.

En esto regresaron los dos amigos y empezó la comida durante la que reinó silencio.

Terminada ésta, se dió un paseo por la hacienda completamente arruinada por la miseria. Mary refirió a Pablo que su hermano estaba en la cárcel por haber herido a Samuel Burns, aun cuando obró en legítima defensa, habiendo antes sido provocado.

—Forde trata de arruinar a papá—dijo Mary como haciendo el resumen de todo cuanto le había relatado.

—Así es—dijo Bassett—. Le puse un pleito y lo perdí, por la razón de que el abogado estaba vendido a mi rival... Mi ganado desapareció como por encanto, sin saber quién me lo había robado...

—Y no supo usted nunca adónde fué a parar?...—preguntó Pablo.

—El sheriff y yo subimos un día a lo alto del desfiladero que pertenece a la propiedad de Forde; pero desde abajo nos mataron los caballos.

En este punto de la conversación, llegó el sheriff, que les comunicó con la mayor emoción:

—Han de saber ustedes que su hijo Pedro se escapó ayer de la cárcel... Se lo aviso para que se atengán a las consecuencias que este hecho les pudiera reportar.

El pobre Bassett se limitó a decir al sheriff,

—Si pusiera usted tanto empeño en recuperar el ganado que nos han robado como en detener a Pedro, ya seríamos otra vez los ganaderos más ricos de la comarca.

—Acaso desconfías del Sheriff—preguntó su mujer a Bassett.

—No lo sé; pero la forma como juega con dos barajas es evidente, y nos da mucho que pensar — respondió Bassett melancólicamente...

—También yo empiezo a desconfiar—dijo Pablo.

Y luego, llamando aparte a su amigo Claudio, le dijo:

—Mira, tengo mi plan para ayudar a estas gentes. Yo ahora mismo voy a desaparecer, si te preguntan por mí, diles cualquier mentira para excusarme.

Así lo hizo Claudio, y cuando al notar la desaparición de Pablo le preguntaron por él, respondió:

—Habrá ido al pueblo a emborracharse... es su debilidad. Por una copa de licor, es capaz de escalar las montañas.

En tanto, Pablo se había ido en busca de Pedro, que, por estar escondido, tardó en ponerse a su alcance; pero la ligereza de su caballo y su astucia de hombre montaraz, le ayudaron mucho. Para mejor llevar a efecto su plan y no inspirar demasiada desconfianza,

fianza, Pablo se fingió ebrio y penetró en el establecimiento de bebidas del pueblo, donde se reunía lo peorcito de cada casa. Allí a últimas horas de la noche, penetró Pedro.

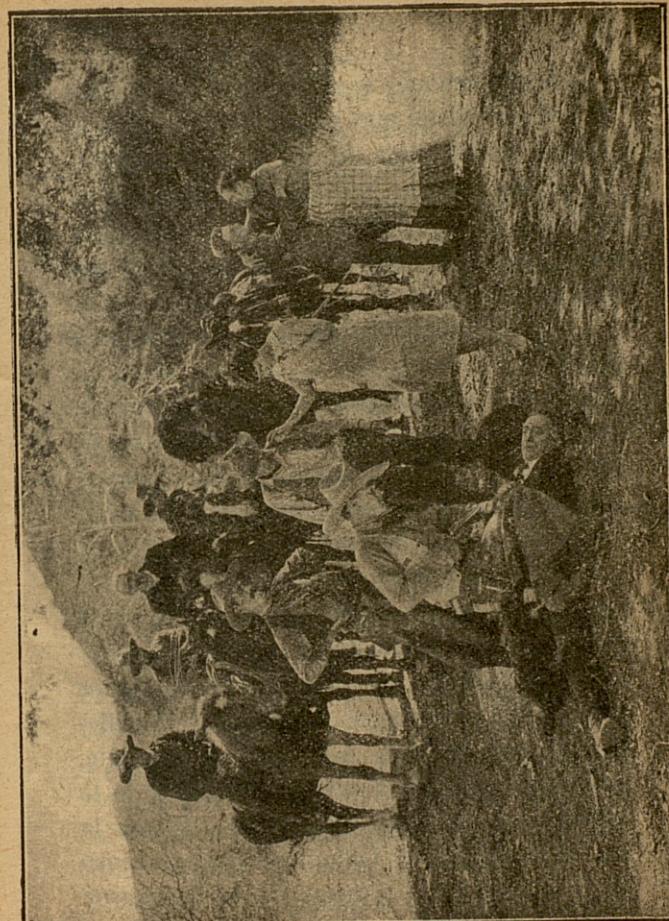
Pablo le fué al encuentro y, tropezando con la mesa en que el hijo de los Bassett estaba sentado, empezó a armarle camorra. De esta forma pudo despistar completamente. Después de cambiar algunos puñetazos en el interior del bar, le invitó a salir a la calle, y confiando sólo en sus puños, le mantuvo a raya, al mismo tiempo que le decía:

—Perdone la manera de conocernos... pero yo soy su amigo... ahora, mientras estos miren, continúe atizándome.

—Original es la aventura—dijo Pedro, y le arreó dos tortas que por fortuna pudo parar Pablo.

Cansados de la pelea, ya a nadie le interesó el lance y acabaron por dejarlos solos, al ver que, rendidos, se separaban cada cual por su lado. Pero volvieron a encontrarse de nuevo y entablaron conversación.

—Ya me explicará usted ahora—dijo Pedro—el por qué de esta extraña manera de entablar amistad conmigo.



Sonaron llinos y te llegó al cuerpo a cuerpo

—Sencillamente: si el “sheriff” que le busca hubiera visto que yo le ayudaba, ya no hubiera tenido duda de que yo no le auxiliaba en sus planes; pero ahora, cuando sepa que nos hemos peleado, nadie podrá creer que estamos de acuerdo, y, sin embargo, nada más necesario...

—Explíquese—dijo Pedro—. Deme más detalles...

Entonces nuestro buen amigo le refirió cómo, habiendo visto la precaria situación de sus padres, había decidido, en lugar de secundar las órdenes de Forde, ponerse al lado de su padre, tan arruinado.

—Bien—dijo Pedro—; pues, manos a la obra y no dejemos que Forde pueda verse lucrado con el producto de sus robos.

Ambos amigos se estrecharon las manos con efusión y quedaron de acuerdo para llevar adelante su plan. A la mañana siguiente, ya estaban los dos a caballo y camino de la montaña, desde cuya cumbre se divisaba la hacienda de Forde. Galopando sin descanso llegaron a la cima y desde allí se deslizaron cautelosamente. Cuando llegaron al potrero, se encontraron con los caballos que pôr lo

reciente de su nueva marca estaban escondidos. Eran de la propiedad de Bassett, pero habían sido remarcados con el hierro de la ganadería del desalmado Forde.

En tanto, en casa de éste, la desdichada Mary rezaba porque la suerte acompañara la empresa a que Pablo se había lanzado, pues en su fino instinto de mujer ya comprendía que su ausencia obedecía, no al burdo plan de beber unas copas en el pueblo, pero sí al deseo de salir en defensa de los intereses de su padre y de la libertad de su hermano. Desde aquel momento, en el pecho de la joven germinó un amor, nacido al calor del reconocimiento por la forma como se portaba Pablo.

Dejemos, pues, a la joven esperar al amado y veamos cómo salen de la difícil aventura Pablo y Pedro, apóstoles en esta ocasión de la verdad y la justicia sobre la tierra y pistola en mano. Bien hacían de llevarla, pues, a los pocos momentos, su presencia fué advertida, y al grito de “Hombres de Bassett”, se vieron bien pronto acorralados. Sonaron tiros, se llegó al cuerpo a cuerpo y el propio Forde tomó parte en la contienda. Pero

tanto Pablo como Pedro consiguieron escapar, pues, aun terminados los cartuchos, lucharon a puño limpio y tanto uno como otro eran de los que llevaban el k. o. en la mano apretada.

Viendo la cosa perdida, Forde tomó su mejor caballo y, suponiendo que aun podrían sus hombres pescar y dominar a los de Bassett, se presentó en la hacienda de éste, para dejar ultimado el negocio.

Bassett, su esposa y su hija le recibieron con el natural estupor; pero él, zalamerio y malicioso, procuró dar la sensación de que venía en busca de la codiciada transacción.

—Veo que esta lucha se prolonga y los dos sufrimos sus consecuencias...

—Más nosotros que ustedes—le interrumpió Bassett—. Ya la miseria es el ama y señora de nuestra casa.

—Pues bien; yo les ofrezco a ustedes el pagaré—dijo Forde—, si me cede usted la marca de su ganadería, para que no pueda decirse jamás que yo le he robado uno de sus caballos o vacas...

—Ah, pillastre! — dijo Bassett, con ánimo de lanzarse sobre Forde—. ¿De modo que

además de haberme estado robando, ahora quieres la marca, para poder decir que es tuya y que todo el ganado que la lleve, aún cuando esté perdido, es ya de tu propiedad?... ¡Comprendo la jugada, pero no transijo!

Pero en aquel momento abrióse la puerta de la estancia con gran estrépito y aparecieron Pablo, Pedro y Claudio... ¿Cómo se habían reunido?... Muy sencillamente. En sus correrías y al sonar los tiros, Claudio voló como alma que lleva el diablo hacia el lugar de donde partían las detonaciones, y su llegada fué tan oportuna, que con su esfuerzo los tres amigos pudieron zafarse de los hombres de Forde.

Al ver a éste en casa de Bassett, exclamó Pablo, lleno de ira:

—Ahora pagarás todo lo que has robado, granuja—y se lanzó sobre él.

Mary le detuvo con un gesto, que Pablo no tuvo más remedio que acatar.

—Entonces, y para saldar este asunto de una vez, y antes de que yo lo arregle a tiros, entregue usted el pagaré y confiese que ha robado el ganado.

—Lo confieso todo—dijo Forde—; pero dejadme marchar...

En un momento, Pablo extendió el documento, en el que Forde confesaba haber variado las marcas del ganado, y le obligó a firmarlo tan cariñosamente, que de no haberlo efectuado, una bala se hubiera encargado de mandarle al infierno de los bandidos y los usureros.

Cuando quedaron solos, lo esposa Bassett abrazó a Pablo, diciéndole:

—¡Mi dicha es completa... Tengo a mi hijo, gracias a usted, y la riqueza y la prosperidad volverán, con la alegría, a esta casa, al recuperar nuestro ganado... Tiene usted derecho a llamarse nuestro salvador...

Entonces Pablo se fué hacia donde Mary se hallaba y le dijo:

—Mary, aquella mirada de súplica que usted me dirigió al ver la miseria que amenazaba cernirse sobre su casa, la interpreté yo completamente y me puse a trabajar para que la justicia triunfara... Ahora, a usted le toca responder si con la justicia ha triunfado también el amor.

—Sí—dijo ella débilmente—. El hombre

que yo había de amar... había de ser así, fuerte y valiente, noble y generoso...

—Gracias—dijo Pablo, y un beso cálido y tembloroso juntó aquellas dos almas que irradiarían en aquella hacienda los esplendores de una nueva vida, aureolada por la paz y la felicidad...

Así se portan los hombres cuando aman y cuando tienen corazón.

De cara a la muerte conquistó su felicidad Pablo Gordon, un vaquero del Far-West.

FIN

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas
Escríba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINO
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

Cada libro contiene 2 tangos modernos
PRECIO DEL LIBRO: **30 céntimos**

Si no los encuentra en su localidad

PIDALOS ANTIS DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará enseguida

136

SOLAMENTE

en las simpáticas publicaciones

BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR

encontrará usted las más grandes
producciones de las invictas marcas

LUXOR VERDAGUER
ARTISTAS ASOCIADOS
FOX FILM
PARAMOUNT
FIRST NACIONAL
METRO GOLDWYN
GAUMONT
UNIVERSAL
PRÍNCIPE FILMS

Pida hoy mismo el Catálogo General que
se lo remitirán gratis, a

BIBLIOTECA FILMS
APARTADO 707 - BARCELONA